

De entre los papeles de un baulito chino

Contratar una asistente

[1]



que ha sido, después de una primera experiencia desafortunada con una tal Peonía, que sí, planchaba bien, pero los animales no le gustaban, una de las decisiones más acertadas que he tomado en mi vida ya que, no es sólo lo ordenado y limpio que Lola lo tiene todo, ni lo bien que me tiene atendidos a Indalecio y a Manolita (que resultó ser hembra; pero a él lo



tolera muy bien y hasta parece que lo escucha con agrado), sino lo meticulosamente ordenados que me tiene los cajones de la mesa que — he de confesarlo enormemente avergonzado — es cierto que durante las primeras semanas los tuve cerrados, con llave, por si se apropiaba de mi obra o me la plagiaba pero, un día, o más exactamente una noche, recibí un mensaje en el móvil (de los que se leen, no mensaje hablado) que, suspicaz como de siempre de siempre he sido, tan pronto vi que era de ella — porque fue algo que sucedió muy al principio, cuando todavía desconfiaba porque aún no la conocía — imaginé ya antes de pulsar en “leer” que iba a ser poniendo alguna excusa (alegando por ejemplo que tenía que acompañar al hospital a algún familiar enfermo, o que le habían robado la billetera en el autobús y tenía que dedicar, “seguro”, toda la mañana “porque ya sabe usted — que hasta me parecía estarla oyendo, aunque el mensaje era escrito — cómo se ponen las comisarías en estos tiempos de tantísima inseguridad que vivimos”) para no venir al día siguiente; pero, cuando por fin lo abrí, el mensaje era muy escueto, sólo ponía **vea esto** seguido de las tres w dobles y algo más que son siempre la dirección de una página web

De entre los papeles de un baulito chino

Contratar una asistenta

[2]

en la que, me explicaba, encontraría, dentro de una flecha roja, las palabras **vea esto**.

Me explicaba también que haciendo clic en ese **vea esto** de dentro de la flecha roja llegaría a lo que ella me quería mostrar y, después de un punto y con su mayúscula y todo — detalle al que le encontré mucho mérito, tan engorroso como resulta el buscar en el teclado los signos de puntuación y las mayúsculas — me hacía la siguiente advertencia:

Agrande a 200%, que es como mejor se ve.

No pude hacer nada de lo que me indicaba porque **mi móvil**, mucho menos moderno que el de ella, no tiene internet y, como además me daba vergüenza contestarle con otro mensaje porque tengo muy poca soltura con los puntos y las comas, opté por dejarle — a la mañana siguiente, antes de salir para el ministerio — una notita escrita a mano en la que le daba las gracias por la advertencia del porcentaje pero la informaba, al mismo tiempo, de que no me era posible entrar en la página.

Eran poco más de las nueve y media cuando Gutiérrez apareció informando de que una dama¹ deseaba verme.

No me dio tiempo a, sobresaltado al escuchar una voz con la que no contaba, apartar la mirada de mis papeles y levantar la cabeza para, disimulando la sorpresa que me causaba verlo ahí, decirle “hágala pasar” porque una mano femenina enguantada lo empujó, aunque sin brusquedad, a un lado, y tras dedicarle un escueto “perdón” taconeó a paso vivo hacia mi mesa...

¹ Gutiérrez, no sé si de forma natural o impostada, parecía más que un ordenanza un mayordomo inglés.

De entre los papeles de un baulito chino

Contratar una asistenta

[3]

– Ah, Lola — dije, poniéndome de pie —; es usted.

– Lamento enormemente interrumpirle; además, yo misma estoy bastante ocupada esta mañana y con unas lentes en la lumbre... se las dejaré en el frigorífico en uno de esos recipientes herméticos, cuando por añadidura tengo que colocar la cortina de Indalecio que está en la lavadora. Pero en cuanto he leído su nota, tan importante como debe de ser para usted lo que intenté informarle, me he vuelto a calzar y he tomado un taxi.

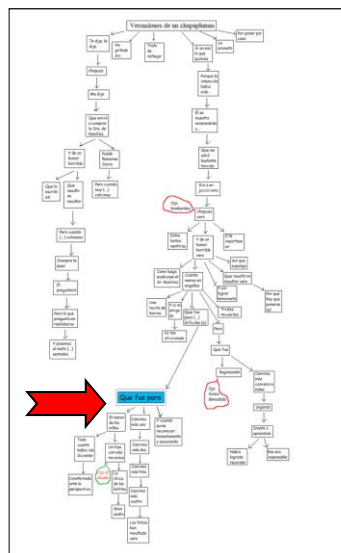
– ¿Tan urgente es?

En lugar de responder hurgó con celeridad y afanosamente en su bolso; sacó su móvil y, mientras con el pulgar pulsaba con una destreza portentosa por los iconos de la pantallita, declaró:

– Lo va a ver usted mismo en un instante.

Y, acto seguido, colocó el artilugio ante mis ojos y dijo “pulse ahí”.

Aquello que me estaba mostrando debía de ser a lo que yo no pude acceder desde el móvil mío; porque era esto:



De entre los papeles de un baulito chino

Contratar una asistente

[4]

Pero cuando yo pulsé en la flecha — aunque en una pantalla tan pequeña no podía ver qué ponía dentro aquella era la única flecha roja — no sucedió nada. Y así se lo dije:

– ¿Seguro? — Y me miró con aprensión, como pensando “no sé yo si este”.

– Mírelo — Y tecleé, frente a su nariz incrédula, un par de veces o tres.

– Oh. Déjeme a mí.

Tomo el celular y, con el mismo pulgar y con la misma destreza que ya me sorprendiese unos segundos antes, tocó aquí y allá en los iconos y:

– Ahí lo tiene — **Declaró en tono triunfal.**

–Ah, pero es que esto ya es otra cosa ¡Esta pantalla es bastante más grande!

– Vamos — rogó impaciente consultando su reloj de pulsera —; pulse la flecha que se les va a acabar el agua a las lentejas.

Y pulsé, y funcionó, pero todo cuanto pude ver fue — bastante desencantado después de tanta intriga — otra pantalla también con recuadritos y flechas (aunque no rojas) igual que la primera...

– ¿Y? — Fue todo mi comentario.

– ¿Cómo que “y”? — Parecía perpleja o desolada — ¿Ha visto, ahí, en el centro, abajo?

– Sí. He mirado todo. Y tanto en la primera como en la segunda pantalla lo que aparecen son cuadraditos y flechitas y...

– ¿Y a usted no le importa?

De entre los papeles de un baulito chino

Contratar una asistenta

[5]

– ¿Y por qué habrían de importarme a mí unos cuadraditos y unas flechas?

– En fin — exhaló un profundo suspiro y apagó el teléfono —, usted sabrá. El asunto es desde luego suyo — agregó devolviéndolo al bolso y colocándose los guantes — y, si a usted no le parece alarmant...

– ¿Y qué puede tener de alarmante...

– Nada. Olvídelo — replicó en tono cortante y algo triste —. Además, ¿qué hago yo ocupándome de algo que no sea el agua de mis lentes?

Y tras dedicar a Gutiérrez un cortés “buenos días” salió caminando sobre sus altos tacones por la puerta.

